

ESCUELA DIPLOMÁTICA

**LA CALIFORNIA HISPANA:
FRAILES, COLONOS Y SOLDADOS
EN EL FIN DEL MUNDO (1767-1821)**

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

LA CALIFORNIA HISPANA: FRAILES, COLONOS Y SOLDADOS EN EL FIN DEL MUNDO (1767-1821)

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

Investigador Científico

Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

I. DESCUBRIMIENTO Y DEMARCACIÓN DE CALIFORNIA

La profesora Blanca Perea, en la clase de “Español avanzado” para sus alumnos californianos, propuso un particular *Un, dos, tres, responde otra vez*, en donde por veinticinco pesetas imaginarias recordaran ciudades del Estado de California con nombre de santo o santa en español. “Por ejemplo, Santa Cecilia. Un, dos, tres, responde otra vez.” Las respuestas se sucedieron con rapidez: San Francisco, Santa Rosa, San Rafael, San Mateo, San Gabriel, Santa Cruz, Santa Clara, Santa Inés, Santa Bárbara, San Luis Obispo, San José, etcétera. A continuación, les planteó nombres en castellano que apareciesen en el mapa californiano. Y los alumnos no dudaron en contestar: “Alameda, Palo Alto, Los Gatos, El Cerrito del Norte, Paso Robles, Atascadero, Fresno, Salinas, Manteca, Madera, La Jolla, etcétera”.

Este episodio pertenece a la novela *Misión Olvido* de la escritora María Dueñas, aparecida en el 2012 y que se ha convertido en un superventas en pocos meses. He querido iniciar mi trabajo con esta novela porque, tras el curioso *Un, dos, tres* planteado a sus estudiantes, la escritora introduce el siguiente diálogo entre Blanca Perea, docente española que se traslada a los Estados Unidos para superar una separación sentimental, y Joe Super, profesor emérito, que entra en la clase de improviso. Este último se pronuncia acerca de las misiones, calificando a los padres franciscanos de:

“Hombres legendarios, empujados por una fuerza que, equivocada o no, los llevó a perseguir sus objetivos con determinación. Y el Camino Real es el resultado: la cadena de misiones que estos padres fundaron a lo largo de toda California.

—Veinte misiones, ¿no?

—preguntó Lucas, un estudiante.

—Veintiuna —corrigió Joe— Empiezan en el sur, con San Diego de Alcalá, y acaban en el norte, muy cerca de aquí, en Sonoma, con San Francisco Solano. En España, en general, no se sabe mucho de esta gran aventura californiana, ¿verdad, Blanca?

—Poco —reconocí con un punto de vergüenza colectiva—. Se conoce muy poco sobre estas misiones, es cierto.

—Y es triste, señala Joe, porque todo eso es parte de vuestra herencia. Una herencia histórica y sentimental que es esencial para vosotros, para nosotros y para todos”.¹

Pues bien, María Dueñas y la Escuela Diplomática de España han coincidido en aportar su granito de arena a este desconocimiento, aunque hay que señalar, desde ya, que hemos avanzado mucho en relación a las últimas décadas gracias al turismo, a los documentales históricos, a los artículos editados en numerosas revistas y a la aparición de varios libros sobre el legado español en los Estados Unidos. Sin embargo, hay mucha tarea por hacer, no sólo en cuanto a la difusión, sino también en la investigación, pues quedan numerosos legajos y mapas sin estudiar todavía, y a ello nos invita la novela *Misión Olvido*, planteada como la búsqueda de información de una supuesta misión 22, que la protagonista intenta descubrir entre los cuantiosos papeles dejados a la Universidad de Santa Cecilia por un viejo profesor español, ya fallecido, llamado Andrés Fontana.

Pero recordemos otro best seller, este último del siglo XVI. En el año 1510 salió de la imprenta sevillana de Juan Crobenger la primera edición de las *Sergas de Esplandián*, escrita por el regidor castellano Garci Rodríguez de Montalvo. Se trata de un libro de caballería, continuación de los cuatro libros del *Amadís de Gaula*, la novela más emblemática del género. De hecho, Esplandián es su hijo, y las “sergas” significan aventuras. Aunque no se ha localizado ningún ejemplar de la primera edición, el éxito acompañó al libro a lo largo de todo el siglo XVI, realizándose nueve impresiones. De algunas de ellas se llevaron ejemplares al Nuevo Mundo, siendo leídos por los marinos, soldados y pobladores en las largas horas de descanso en los barcos y en las expediciones terrestres dirigidas al Nuevo Mundo y al Pacífico.

En uno de sus capítulos aparece por primera vez el topónimo *California*: “Sabed que a la diestra mano de las Indias ovo una isla llamada California mucho

¹ María Dueñas. *Misión Olvido*. Barcelona: Editorial Planeta, 2012, pág. 103.

llegada a la parte del Paraíso terrenal, la cual fue poblada de mugeres negras sin que algún varón entre ellas oviesse, que casi como las amazonas era su estilo de bivar; estas eran de valientes cuerpos y esforçados y ardientes coraçones, y de grandes fuerças. Las sus armas eran todas de oro, que en toda la isla no havia otro metal alguno.”²

Aunque se pensó durante mucho tiempo que el topónimo California resultaba de la unión de *Cal* y *fornox*: horno de cal, por lo ardiente de su clima, o de la corrupción de algún término indígena, desde mediados del siglo XIX sabemos que el término procede del libro de Rodríguez de Montalvo gracias a la lectura de Edward Everett Hale de la edición moderna de las *Sergas de Esplandián* incluida en la Biblioteca de Autores Españoles: California era la isla de donde procedían las amazonas. Estas mujeres guerreras están encuadradas dentro del grupo de los seres salvajes junto a los escitas, los hiperbóreos, los atlantes, etcétera, si bien en su persona se aúnan la domesticidad femenina con la brutalidad guerra: imagen de mujer con atributos de hombre. Una combinación de elementos conocidos, cuya mezcla atípica convierte a dichas féminas en amenazantes y peligrosas. Este antiguo mito, que tuvo un gran éxito en el Nuevo Mundo, coincidió en el Noroeste de México con otras creencias aztecas, que situaban hacia el mismo rumbo *Cihuatlan*, el lugar de las mujeres, donde habitaban aquéllas que habían muerto de parto y que se convertían en compañeras del Sol, fundiéndose en el topónimo California, en consecuencia, tanto leyendas occidentales como indígenas.³

Pero lo más interesante del mito, para los soldados y colonos, es que la isla de California estaba llena de oro y piedras preciosas, riquezas que los españoles habían encontrado primero en la capital del imperio azteca y posteriormente en otros reinos cercanos, como Michoacán. Por ello, cuando Hernán Cortés anunció una nueva jornada hacia el Noroeste, en la que participaría personalmente, fueron muchos los que le siguieron con los ojos cerrados. La nueva expedición, a la que se alistaron, según el cronista López de Gómara, 300 hombres y 37 mujeres, atravesó los actuales estados de Jalisco y Nayarit, y, tras atravesar el Golfo de California o Mar Bermejo, alcanzó la península de Baja California el 3 de mayo de 1535, fundando en una gran bahía el primer asentamiento español, bautizado Santa Cruz por la efeméride del día, si bien posteriormente recibiría el nombre de La Paz.

Sin embargo, la colonia tuvo que abandonarse tras varios meses de trabajos por la falta de alimentos y agua. ¿Hacia dónde se dirigieron estos pobladores que confiaron en el gran Cortés? y ¿qué recuerdos guardaron de la tierra donde pusieron sus esperanzas? Desde luego los peores recuerdos. Alonso de Ceballos

² Garcí Rodríguez de Montalvo. *Sergas de Esplandián*. Madrid: Castalia, 2003, pág. 727.

³ Véase Miguel León-Portilla. *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1985, pág. 38.

señaló en una probanza realizada en 1535 “ques la mas estéril e la mas perversa e malvada tierra que hay en el mundo, e que cree que no hay otra mas mala en lo descubierto ni por descubrir.”⁴ Algunos la llamaron *Tarsis*, pero poco a poco se impuso California, si bien a modo de burla, de despecho, de ira y de venganza contra el conquistador extremeño, pues nada de lo prometido se había encontrado.

La expedición de Hernán Cortés hay que enmarcarla en el deseo de la Corona hispana por ocupar las costas pacíficas de Norteamérica desde el siglo XVI. Los monarcas españoles financiaron y enviaron un gran número de expediciones al Noroeste, que pueden agruparse en dos etapas. La primera comenzaría con los viajes organizados por Hernán Cortés y terminaría con las expediciones marítimas de Sebastián Vizcaíno (1532-1603).

El viaje más interesante desde el punto de vista de los descubrimientos fue el liderado por el portugués Juan Rodríguez Cabrillo (entre 1542 y 1543), que dio nombre a numerosos accidentes geográficos, antes de morir en la isla de San Miguel, frente a la futura misión de Santa Bárbara. Sus pasos fueron seguidos por Sebastián Vizcaíno entre 1602 y 1603, quien fijó un punto mítico en la costa para iniciar la colonización española: el puerto de Monterrey, además de alabar las excelentes condiciones de otro fondeadero situado más al sur, que nombró puerto de San Diego.

A continuación se produjo un largo paréntesis (de 1603 a 1768: nada menos que 165 años), en el que las actividades españolas se concentraron en el Golfo de California: expediciones perleras como las encabezadas por Nicolás de Cardona (1615) o Francisco de Ortega (1631). Mientras tanto, barcos extranjeros surcaron las costas californianas, atacando al galeón de Manila e incluso desembarcando durante meses en las playas de la península de California. Pero serían los rumores de la llegada a América de los súbditos de otra nación extranjera: Rusia, los que impulsaron la definitiva ocupación hispana de la California, cuyos límites norteños se extendieron durante muchos años hasta las regiones de las nieves perpetuas: Alaska, considerada en el siglo XVIII como el fin del mundo, pues era la zona del globo más lejana de Europa para llegar por mar.

II. INSTRUMENTOS DE COLONIZACIÓN: MISIONES, PRESIDIOS, PUEBLOS Y RANCHOS

La llegada del abogado malagueño José de Gálvez al virreinato como visitador general de la Nueva España (1765-1771) fue de gran trascendencia para el desarrollo de la frontera norte. Dotado de una enérgica personalidad y un eficaz poder de iniciativa, decidió desde los primeros momentos de su estancia en Mé-

⁴ Carlos Lazcano Sahagún. La bahía de Santa Cruz. Cortés en California, 1535-1536. Ensenada: Fundación Barca-Museo de Historia de Ensenada, 2006, pág. 113.

xico acometer la solución de los problemas de la frontera septentrional, agudizados por la sublevación de los indios seris y pimas en el noroeste. Tras dedicar los primeros años de su visita a reformar y sanear las finanzas del virreinato, Gálvez centró su atención en la pacificación y recuperación económica de Sonora, Sinaloa y California: impulsó una expedición militar en contra de los indios rebeldes, fundó el puerto de San Blas en la costa de Nayarit y consiguió ocupar los puertos de San Diego y Monterrey, primer capítulo de la fundación de la Nueva o Alta California. Otras medidas tuvieron menos éxito —como el adelantamiento de la península californiana, que quedó en manos de los dominicos en 1773— o tuvieron que esperar varios años para fructificar.⁵

Gálvez, muy cercano a los franciscanos, eligió a esta orden, pionera en la Nueva España, para sustituir a la Compañía de Jesús en las misiones del Noroeste. Con esta elección se cumplió un viejo anhelo de los hijos de San Francisco, que habían sido superados por los ignacianos en su deseo de evangelizar en California a finales del siglo XVII. Pero ahora la suerte había cambiado: el virrey marqués de Croix ordenó que a California irían los padres del Colegio Apostólico de San Fernando, situado en la ciudad de México. En la elección debió de pesar los éxitos de los llamados fernandinos en la Sierra Gorda (Querétaro), cuyas misiones, muy recientes, estaban ya listas para ser entregadas a los seculares. En adelante, frailes y misiones se convirtieron en agentes de la última expansión en América: la Gran California, que tendría lugar durante los reinados de Carlos III y Carlos IV.

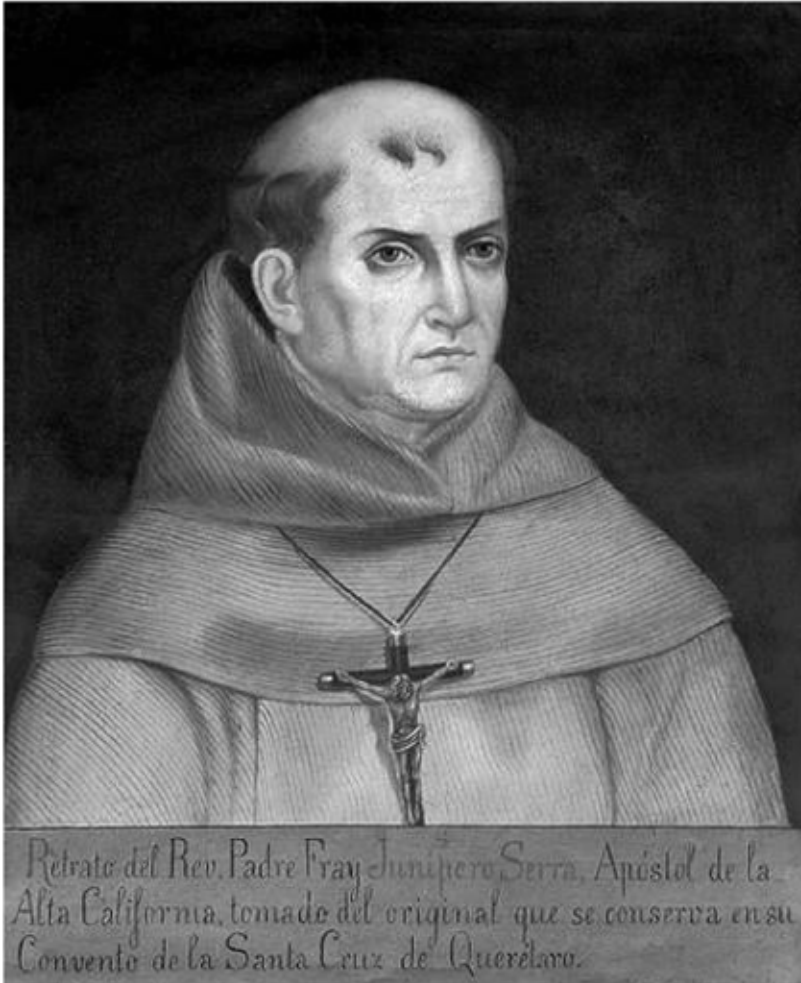
En un viaje *reformista* hacia el citado departamento, Gálvez recibió una carta de la metrópoli ordenándole tomar medidas efectivas en contra de la presencia rusa en el Pacífico Norte. En consecuencia, poco después de llegar a San Blas, el abogado malagueño convocó una junta de oficiales y expertos —celebrada el 16 de mayo de 1768— para preparar una expedición marítima y otra terrestre, conocidas como la *Santa Expedición*, con el fin de encontrar y ocupar el puerto de Monterrey, lo que se logró en 1770.

José de Gálvez eligió al primer gobernador de California, el militar catalán Gaspar de Portolá, para comandar la empresa de colonizar San Diego y Monterrey.⁶ La sección marítima estaba formada por dos barcos, los paquebotes *San Antonio* y *San Carlos*, que navegaron de forma separada. La terrestre también se dividió en dos partidas, que ascendieron la península de forma independiente. La primera fue comandada por Fernando de Rivera y Moncada, capitán de la Compañía de Loreto, quien llevaba de apoyo al franciscano Juan Crespi, al piloto José Cañizares, a veinticinco soldados y a numerosos indios de las misiones

⁵ Por ejemplo el Informe y plan de Intendencias que conviene establecer en las provincias de este reino de Nueva España, firmado por el virrey, marqués de Croix, y José de Gálvez el 15 de enero de 1768, y el Plan para la creación del gobierno y comandancia general que comprenda la península de California y las provincias de Sinaloa, Sonora y Nueva Vizcaya, que data del 23 de enero del mismo año.

⁶ Salvador Bernabéu Albert, “El ‘Virrey de California’. Gaspar de Portolá y la problemática de la primera gobernación californiana (1767-1769).” *Revista de Indias*, núm. 195/196, 1992, págs. 271-295.

jesuitas. La segunda fue capitaneada por el gobernador Portolá, llevando en su compañía a fray Junípero Serra, presidente de las misiones, y al sargento José Francisco de Ortega. También formaban parte de la expedición varios soldados, criados e indios de las misiones, que guardaban las numerosas mulas que transportaban los víveres y otros enseres.



“Ilustración 1: Retrato del Rev. Padre fray Junípero Serra, Apóstol de la Alta California, tomado del original que se conserva en el Convento de la Santa Cruz de Querétaro”.

El grupo, que había salido de Loreto el 9 de marzo de 1769, siguió los pasos de la primera partida, alcanzando el puerto de San Diego el 29 de junio. Portolá y Serra se unieron con todos los expedicionarios de mar y tierra, comprobando que numerosos marineros estaban postrados a causa del escorbuto y que varios sirvientes de las partidas terrestres habían huido durante el tránsito por la penín-

sula de Baja California. Sin embargo, tanto el gobernador como el presidente de los misioneros decidieron que un grupo prosiguiera la exploración hacia el norte para buscar el puerto de Monterrey, jornada que realizaron entre el 14 de junio de 1769 y el 24 de enero de 1770. Aunque no localizaron el citado puerto, los viajeros contactaron con numerosas rancherías de indios y consiguieron hacerse con una primera idea de lo que sería la nueva provincia ultramarina. La llegada del paquebot *San Antonio* al puerto de San Diego el 23 de marzo con abundantes bastimentos, capitaneado por Juan Pérez, animó a Portolá a emprender nuevamente la búsqueda, esta vez por mar y tierra. La combinación de fuerzas fue un acierto, pues se reconoció y tomó posesión del puerto de Monterrey el 3 de junio de 1770. Siguiendo las órdenes reales, se fundó un presidio y una misión —la segunda— bajo la advocación de san Carlos Borromeo. Meses antes, y mientras los expedicionarios trataban de hallar el mítico Monterrey, fray Junípero Serra fundó San Diego de Alcalá, la primera misión de la Alta California, el 16 de julio de 1769. El padre andariego contaba con 56 años.

La ocupación hispana de la Alta California fue un éxito gracias a la rapidez de las fundaciones misionales y al apoyo constante de la Corona, que se tradujo en el mantenimiento de un pequeño, pero esencial, grupo de barcos que permitió mantener los lejanos territorios unidos al resto del virreinato.⁷ Las autoridades fueron conscientes del creciente peligro de un ataque extranjero, principalmente por parte de rusos e ingleses, en consecuencia, para proteger la Alta California de las ambiciones foráneas y ayudar a los padres en sus tareas de evangelización, se fundaron cuatro presidios: San Diego (1769), Monterrey (1770), San Francisco (1776) y Santa Bárbara (1782).⁸ Además, de acuerdo con las políticas colonizadoras de los ilustrados, se propició el establecimiento de colonos mientras se reconocía el terreno para fundar los primeros pueblos.

Sin embargo, los misioneros fueron más moderados y sólo acogieron a unas cuantas familias de sirvientes en sus misiones durante los primeros años, aunque más tarde, cuando Felipe de Neve ocupó el cargo de gobernador de las Californias (1777-1782), llevó esta política al extremo de promover la fundación de pueblos e incluso a sugerir que los frailes ya no administraran los bienes materiales de los neófitos en las misiones y tan sólo se encargaran de su “bienestar espiritual”. Los franciscanos se opusieron a esta última medida y lograron que no se realizase, pero no hubo marcha atrás en cuanto a la creación de pueblos.⁹

⁷ Sobre el establecimiento, crecimiento y consolidación de los centros de colonización, véase Martha Ortega Soto. *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa-Plaza y Valdés Editores, 2001.

⁸ Estos presidios se convirtieron, desde 1782, en los centros de las cuatro jurisdicciones, tanto civiles como militares, en las que se dividió la Alta California. En el resto del territorio, el gobernador estaba representado por los cabos y los comisionados, aunque los pueblos que se fundaron llegaron a tener un gobierno municipal como en el resto del virreinato.

⁹ Francis Guest, “Misión Colonization and Political Control in Spanish California.” *Journal of San Diego History*, núm. 1, vol. 24, 1982, págs. 103-113.

La Corona, escarmentada con la exclusividad misional jesuita en la Antigua California durante setenta años (1697-1768), aprobó la constitución de San José (1777), Los Ángeles (1781) y la villa de Branciforte (1797). En los pueblos, además de los vecinos mestizos, poco a poco se sumaron nativos que convivían con quienes ya portaban las formas de vida consideradas como civilizadas. En consecuencia, el proyecto integracionista planteó estrategias innovadoras que, al menos en teoría, se pusieron en práctica como medio de acelerar la incorporación de las rancherías nativas a una sociedad agrícola.

Asimismo, el gobierno español impulsó la creación de ranchos como instrumentos de ocupación y control de los grandes espacios que quedaban despoblados entre las misiones, los pueblos y los presidios. A partir de 1784, el entonces gobernador Pedro Fagés (1782-1791) fue autorizado para otorgar tierras a los colonos, en las que pudieran establecer ranchos. Muchos de ellos eran soldados presidiales retirados que decidieron permanecer en la lejana provincia. Esta política partía de la suposición de que la presencia de colonos serviría de ejemplo a los nativos para adoptar, de manera más efectiva, las nuevas formas de vida que se esperaba que adquirieran para integrarse en la sociedad colonial. Los ranchos pronto se convirtieron en un elemento fundamental del paisaje californiano, como el concedido a Mariano de la Luz Verdugo en 1790, llamado *El Portezuelo*, o el otorgado al soldado Juan José Domínguez, bautizado el *San Pedro*, ambos en las proximidades de Los Ángeles.

A pesar de la importancia estratégica de los presidios, los pueblos y los ranchos –fundamentales para la defensa del territorio–, la expansión hispana en California hasta 1821 sólo fue posible gracias a la multiplicación de las misiones y a la labor de los padres. En el Septentrión Novohispano, la misión fue una de las instituciones principales de la ocupación hispana, pero en el caso de la Alta California fue esencial, pues el sistema pueblo/rancho/presidio no fue suficiente para defender el inmenso territorio de la gobernación y controlar a las numerosas rancherías que lo habitaban.

III. EL FRÁGIL ÉXITO DE LAS FUNDACIONES

Como hemos señalado, los franciscanos llegaron al nuevo territorio con la finalidad de cristianar a los nativos y convertirlos en súbditos de Su Majestad Católica, es decir, hacerlos útiles al Estado y en defensores de sus territorios.¹⁰ Para conseguir la transformación cultural de bandas de recolectores-cazadores

¹⁰ Para un análisis sobre las consecuencias del establecimiento de las misiones, James A., Sandos. *Converting California. Indians and Franciscans in the Missions*. New Haven & London: Yale University Press, 2004, y Steven W. Hackel. *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis. Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769-1850*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005.

en pueblos de cultivadores sedentarios, los misioneros se dedicaron a enseñar a los nativos, o de grado o por fuerza, a cultivar, a vestirse y a adoptar las costumbres de la llamada “gente de razón”. Esta tarea implicaba todo un sistema educativo que consistía en inculcarles los preceptos básicos del cristianismo católico para, a continuación, forzarlos a adquirir nuevas formas de vida y nuevos valores que hicieran de las rancherías nativas comunidades capaces de integrarse en la sociedad colonial.

Esta labor se inició en 1768 con la fundación de la misión de San Diego y se prologaría, tras la independencia de México (1821), con la fundación de la misión más norteña: San Francisco Solano, también conocida como misión Sonoma, el 4 de julio de 1823.

Las misiones franciscanas fundadas en la Alta California fueron las siguientes:

Nombre	Fecha de fundación	Fraile/es fundadores
San Diego de Alcalá	16 de julio de 1769	Junípero Serra
San Carlos de Monterrey	3 de junio de 1770	Junípero Serra
San Antonio de Padua	14 de julio de 1771	Junípero Serra
San Gabriel Arcángel	8 de septiembre de 1771	Pedro Cambón y Ángel Somera
San Luis Obispo de Tolosa	1 de septiembre de 1772	Junípero Serra
San Francisco de Asís	29 de junio de 1776	Francisco Palou
San Juan Capistrano	1 de noviembre de 1776	Junípero Serra
Santa Clara de Asís	12 de enero de 1777	Junípero Serra
San Buenaventura	31 de marzo de 1782	Junípero Serra
Santa Bárbara	4 de diciembre de 1786	Fermín Lasuén
La Purísima Concepción	8 de diciembre de 1787	Fermín Lasuén
Santa Cruz	28 de agosto de 1791	Fermín Lasuén
Nuestra Señora de la Soledad	9 de octubre de 1791	Fermín Lasuén
San José	11 de junio de 1797	Fermín Lasuén
San Juan Bautista	24 de junio de 1797	Fermín Lasuén
San Miguel Arcángel	25 de julio de 1797	Fermín Lasuén
San Fernando Rey de España	8 de septiembre de 1797	Fermín Lasuén
San Luis Rey de Francia	13 de junio de 1798	Fermín Lasuén
Santa Inés	17 de septiembre de 1804	Esteban Tápis
San Rafael Arcángel	14 de diciembre de 1817	Vicente de Sarria
San Francisco Solano	4 de julio de 1823	José Altamira

Combinando vigor, versatilidad y una férrea obediencia al padre presidente Junípero Serra, y posteriormente a su sucesor, Fermín Lasuén, los franciscanos se extendieron a gran velocidad en la Alta California. Pero, ¿qué se esconde bajo este término? En primer lugar, *misión* tiene un sentido jurídico: la autorización

papal para convertir infieles en un determinado espacio del globo. En segundo lugar, *misión* equivale a los trabajos de cristianización y de occidentalización de los indígenas. Por último, *misión* es un lugar geográfico y administrativo: el complejo de edificios, campos de cultivo, corrales, lugares de visita, acueductos, depósitos de agua, etcétera, situados en su espacio jurisdiccional, aunque en la actualidad ese territorio e instalaciones queden reducidos y compendiados en la iglesia principal de la misión.¹¹ Sobre misiones y misioneros franciscanos en el Norte de México hay una abundante literatura dedicada a los inicios y las sucesivas fundaciones de los hijos de san Francisco, aunque son necesarios más estudios microhistóricos para conocer con mayor profundidad la evolución histórica de cada uno de los establecimientos misionales, ya que fueron muy diferentes en instalaciones, potencial agropecuario y en número de conversiones.

Otras cuestiones apenas abordadas en los estudios sobre las misiones californianas son las habilidades o defectos de los diversos padres para cumplir con los amplios cometidos que se esperaban de ellos. El padre provincial buscaba para enviar a las misiones religiosos capaces de salir airoso de las empresas más difíciles y adaptarse a los terrenos más diversos. Pero muchos padres no pudieron realizar el trabajo por problemas físicos o psíquicos. La selección no era infalible. En el conjunto de los misioneros existen diferencias más que notables, en personalidad y métodos, a pesar de que todos trabajasen por un mismo fin y tuvieran, en general, una preparación similar.

La falta de microhistorias misionales crea importantes problemas, pues impide acceder a discursos más equilibrados y realistas que las visiones laudatorias o negativas (*misión/barbarie*, *occidentalismo/indigenismo*).¹² A menudo, multitud de memorias fragmentadas, singulares, son diluidas por los trazos gruesos con los que se han escrito las historias generales, incluyendo las redactadas para mayor gloria y honor de las diversas órdenes religiosas. Hay un gran peligro de homogeneizar tanto a los misioneros como a los neófitos, tanto los éxitos como los fracasos. ¿Hubo imposición o hibridación, violencia o suavidad? ¿Se puede hablar de negociaciones en el seno de esas misiones? ¿Y de intercambios culturales? Al menos en este último punto sí, como demuestran los estudios sobre medicina natural, el aprovechamiento de los conocimientos de los ecosistemas locales por los misioneros, las aportaciones geográficas de los nativos a la cartografía, etcétera.

¹¹ Es significativo que el término misionero no se generalizase en el lenguaje de las distintas órdenes hasta los primeros decenios del siglo XVII, empleándose anteriormente sinónimos como predicadores, obreros, varones de Dios, sujetos, etcétera. Véase, Juan Bautista Olaechea Labayen, "Origen español de las voces *misión* y *misionero*." *Hispania Sacra*, núm. 46, 1994, págs. 511-517.

¹² David J. Weber, "Blood of Martyrs, Blood of Indians: Toward a More Balanced View of Spanish Missions in Seventeenth-Century North America", in David Hurst Thomas (ed.), *Columbian Consequences*. Vol. 2. *Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands East*, Washington and London: Smithsonian Institution Press, 1990, págs. 429-448.

Si bien anteriormente listamos las misiones por su fecha oficial de fundación, no hay que olvidar que muchas de ellas cambiaron de sitio en una o varias ocasiones. Ello fue posible, durante los primeros meses de vida de la misión, por lo liviano de las instalaciones: tres o cuatro jacales que eran destinados a capilla, vivienda del padre, cobijo de los soldados y criados, y almacén de enseres y alimentos. Los padres llevaban algunos perros, caballos, mulas, vacas, ovejas, gallinas y varios sacos con maíz, calderos, objetos religiosos, regalos para atraer a los indios y miles de semillas con las que iniciar el cultivo de los campos. Uno de esos cambios lo protagonizó fray Junípero Serra, quien trasladó la misión de San Carlos Borromeo desde su primera ubicación hasta la orilla de un río que bautizó del Carmelo, situado a una milla del presidio de Monterrey. Su biógrafo, fray Francisco Palou, recogió el momento:

La primera obra que mandó hacer fue una grande cruz, que bendita enarboló (ayudado de los soldados y sirvientes) y fijó en la medianía del tramo destinado para compás, que estaba inmediato a la barraca de su habitación, y otra que servía de interina iglesia, siendo su compañía y todas sus delicias aquella sagrada señal. Adorábala luego que amanecía y cantaba la tropa el Alabado, y delante de ella rezaba el siervo de Dios maitines y prima, e inmediatamente celebraba el santo sacrificio de la misa, a que asistían todos los soldados y mozos. Después comenzaban todo su trabajo, cada uno en su destino, siendo ingeniero y sobrestante de la obra el venerable padre, quien muchas veces al día adoraba la santa cruz [...]¹³

Tras elegir el lugar adecuado donde levantar la misión, los franciscanos buscaban a los indios, quienes permanecían en la cabecera misional alimentándose con las provisiones allí reunidas. Durante ese tiempo, se les enseñaban los misterios básicos de la Fe, repitiendo las oraciones una y otra vez hasta que las memorizaban. Cuando el misionero lo creía conveniente, recibían el bautismo y, con él, unas cruces que colgaban al cuello y algunas prendas para cubrir su desnudez. La ceremonia se adelantaba con los niños y con los enfermos en peligro de muerte, teniendo que desplazarse el misionero hasta donde se encontraban para que recibieran el sacramento, en ocasiones a larga distancia de la misión. Cuenta Palou que Serra les enseñó a saludarse con la frase “amar a Dios”, extendiéndose esta costumbre con tal rapidez, “que hasta los gentiles decían esta salutación, no solamente a los padres, sino a cualquier español [...]¹⁴

Sin embargo, las misiones no fueron un edén. Los autores que han abordado las relaciones entre nativos, franciscanos y colonos subrayan la diversidad de experiencias adoptadas según los tiempos y las misiones. En general, podemos distinguir tres posturas: en primer lugar, los que participaron de forma entusiasta

¹³ Francisco Palou. Vida de Fray Junípero Serra, y misiones de la California Septentrional. Estudio preliminar de Miguel León-Portilla. México: Porrúa, 1982, pág. 93.

¹⁴ Palou, Vida de Fray Junípero, op. cit., pág. 93.

del sistema colonial, adoptando numerosos aspectos de la cultura hispana; en segundo lugar, los que aceptaron esa cultura de forma selectiva y, por último, los que rechazaron abiertamente el sistema colonial. En este caso, los indios expresaron su descontento mediante rebeliones, retirándose a zonas de refugio —donde disminuían los contactos con los misioneros y soldados—, o participando en las bandas que robaban ganados y caballos.



“Mapa de los presidios y fundaciones franciscanas en la Alta o Nueva California”.

IV. RETOS Y DESENCUENTROS DEL PROCESO EVANGELIZADOR

Más difícil que enumerar los establecimientos misionales y el calendario de sus fundaciones, es el evaluar los métodos de evangelización, el éxito de los mismos y la relación de los indígenas con los franciscanos y otros grupos hispanos: funcionarios, criados, soldados, marineros, etcétera. Algunos —los menos— procedentes de la lejana Europa y la mayoría criollos, mestizos e indios más o menos occidentalizados, originarios generalmente de la Nueva España, que van a servir tanto a los misioneros como a los presidios, ranchos y pueblos. Todos ellos serían conocidos en la lejana frontera como “gente de razón”.

Pero vayamos por partes. Transformar los pueblos originarios de acuerdo con el modelo de sociedad que los misioneros querían construir no era tarea sencilla. Los religiosos, tras siglos de experiencias, habían ido concretando algunas estrategias que les habían dado buenos resultados. La operatividad de tales métodos era producto no sólo de la dedicación y el celo de los misioneros —apoyados por los soldados de los presidios—, sino también de las características de los grupos nativos, que súbitamente se veían compelidos a abandonar sus formas de vida tradicionales para adoptar otras totalmente ajenas a su cultura. Los franciscanos se encontraron con una gran variedad de rancherías, que hablaban numerosas lenguas y que plantearon problemas diversos de integración al sistema misional, si bien las autoridades (civiles, militares y religiosas) no valoraron, por lo general, la diversidad y riqueza cultural de los recolectores-cazadores de América del Norte. El caso de los nativos de la Alta California no fue la excepción, de ahí que los mismos métodos no arrojaran los mismos resultados entre los diversos grupos nativos de la región cuando fueron congregados en las misiones y convivieron con los colonos de los pueblos y ranchos.¹⁵

Los primeros nativos en recibir a los españoles fueron los llamados *diegueños*, del tronco lingüístico yumano, en cuya área fue fundada la misión de San Diego de Alcalá en 1769. Pero como el plan de colonización elaborado por José de Gálvez y fray Junípero Serra incluía la fundación de dos misiones más en los territorios de la Alta California, otros nativos, tanto del tronco lingüístico yumano como del uto-azteca, fueron afectados de inmediato. Prácticamente desde el inicio de la vida en la misión se produjo una caída drástica de la población nativa porque las enfermedades infecciosas, desconocidas para los indios, empezaron a propagarse con gran rapidez, agravándose el problema cuando los nativos fueron obligados a cohabitar en grandes galerones poco ventilados, lo que favoreció el contagio.

¹⁵ La diversidad cultural de los nativos se observa en el gran número de idiomas que se hablaban en el área, de manera que grupos nativos cercanos no utilizaban la misma lengua. Los troncos lingüísticos a los que pertenecían los territorios donde se ubicaron los establecimientos españoles son: hokan, penutian y uto-azteca. Hay que enfatizar, sin embargo, que la variedad lingüística no implicaba formas de vida totalmente diferentes. Al contrario, los rasgos culturales generales eran compartidos, aunque en un análisis muy fino se pueden observar prácticas culturales distintas, sobre todo en los rituales y en las formas de organización familiar. Por tanto, los grupos podían reconocerse y distinguirse entre sí.

De acuerdo con los cálculos de Sherburne F. Cook, los grupos autóctonos congregados en las misiones perdieron, a lo largo de setenta años, aproximadamente 135.000 miembros. A pesar de que las epidemias no alcanzaron grandes proporciones, el deceso de los neófitos fue constante.¹⁶ Cook señaló que los pueblos del interior no habían sufrido ningún cambio. Sin embargo, recientes investigaciones han demostrado que los nativos de California fueron alterados por la presencia española desde el siglo XVI, cuando se realizaron las primeras exploraciones en la región. Asimismo, el hecho de que los establecimientos españoles se hayan fundado en las zonas costeras, no significa que los habitantes de los valles interiores no hayan recibido alguna influencia.¹⁷ Los franciscanos congregaron primero a las rancherías que deambulaban por los alrededores de las misiones y más tarde tuvieron que buscar naturales en zonas cada vez más alejadas. Así, reunieron en las misiones a nativos que no se entendían o que eran abiertamente enemigos. En suma, con los colonizadores llegaron enfermedades para las que los indios californianos no tenían defensas, y ello provocó un descenso importante de la población. Asimismo, las nuevas prácticas sociales impuestas por los misioneros desequilibraron a las comunidades, modificando su reproducción natural.¹⁸

La concentración de los indios en las misiones transformó, asimismo, su dieta alimenticia. Durante los primeros años, la escasez de bastimentos que llegaban en los barcos de San Blas obligó a los frailes y soldados a dejar salir a los indios de la misión para pescar, cazar y recolectar semillas. Además, en épocas de gran carestía, la ayuda de los nativos fue fundamental para la alimentación de los españoles.¹⁹ Más tarde, cuando las misiones se convirtieron en importantes centros de producción agrícola, los indios solían huir para alimentarse a la vieja usanza. Sin embargo, los padres querían acostumbrarlos a ingerir los alimentos que consumían los españoles, y el cambio en los hábitos de consumo propició la desnutrición en no pocos casos.²⁰

Por otro lado, las prácticas de reproducción también se vieron afectadas por la vida en la misión. Uno de los patrones culturales que los franciscanos pusieron más

¹⁶ Sherburne F. Cook. *The Conflict Between the California Indian and White Civilization*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1976, págs. 3-5, 18-20 y 200-201. Este libro es un clásico en el estudio del impacto de las enfermedades que llevaron los europeos sobre la población nativa y, aunque se han recalculado algunas de sus cifras, el panorama general sigue siendo el mismo que plantea.

¹⁷ Sherburne F. Cook y Woodrow Borah. *Ensayos sobre historia de la población 3. México y California*. México: Siglo XXI, 1980, págs. 210, 217, 221-223.

¹⁸ Cook, *The Conflict Between*, op. cit., pág. 8.

¹⁹ "Carta de fray Junípero Serra al Padre Guardián fray Juan Andrés, San Diego, 3 de julio de 1769" en Junípero Serra, *Writings of Junípero Serra*. Washington: Academy of American Franciscan History, 1955, pág. 134. En esta carta comenta que la expedición a Monterrey sólo sobrevivió gracias a que los nativos dieron de comer a los exploradores.

²⁰ No debemos ignorar que el medio ambiente también se vio afectado por la presencia de animales y plantas diferentes de las que existían en la región. Tal situación transformó de forma radical el ecosistema en el que los nativos vivían, por tanto, de manera indirecta, también su dieta alimenticia tuvo que cambiar.

empeño en modificar fue la estructura de la familia. Siguiendo el modelo cristiano, los misioneros obligaron a los nativos a adoptar una estructura familiar monogámica. Para enseñarles a cuidar su castidad, separaron a los hombres de las mujeres cuando eran solteros. Estas limitaciones sexuales eran ajenas a las costumbres de los nativos, como lo fueron el obligarlos a modificar sus ropas y adornos. Querían que aprendieran a vestirse con calzón y camisa los hombres y con vestido las mujeres. Los nativos de la Alta California utilizaban tatuajes y pintura corporal para distinguirse unos de otros ante la falta de vestido. Esta costumbre les parecía repulsiva a los españoles, de manera que los misioneros se afanaron en impedir que siguieran realizando esta práctica. Por lo general, la mayoría de los grupos nativos dejaron de tatuarse y de usar la pintura corporal a medida que aceptaron vestirse como la gente de razón.

Otra imposición de los franciscanos era obligar a los nativos a que abandonaran sus lugares de residencia, aunque fueran temporales, para reunirlos en el sitio que ellos decidían.²¹ Con esto no sólo les coartaban su libertad de movimiento, sino que también cercenaban y reducían los recorridos territoriales que realizaban para recolectar, cazar y pescar. Una de las manifestaciones del malestar de los neófitos era la nostalgia: cuanto más se les alejaba de sus comunidades, más padecían de esta situación anímica.

Estas son quizá las manifestaciones más evidentes de las diferencias culturales entre colonizadores y colonizados.²² Hay otras, sin embargo, más sutiles. Por ejemplo, para los nativos, el concepto de propiedad privada individual no tenía aplicación respecto de los cotos de caza o los campos de recolección. Tampoco sobre el alimento que obtenían. La comunidad y la familia estaban por encima del individuo. Para los colonizadores, en cambio, los derechos de propiedad se concebían de otra forma, no sólo porque existía la propiedad privada individual, sino porque en las misiones, aunque en el discurso todos los bienes misionales eran propiedad de los indios, nadie podía acceder a ellos si no era con el permiso y bajo el control de los franciscanos. Además, la gente de razón consideraba casi cualquier actitud de apropiación como un robo. Cuando se inició el proceso colonizador, los frailes se quejaban de que los nativos eran ladrones porque se llevaban algunas prendas o cualquier cosa que llamara su atención. Así, de la misma manera, la aplicación de la justicia entre los nativos no recaía en un juez, sino que la comunidad o, en todo caso, los jefes de los *tibelet*,²³ sin contravenir a la comunidad, decidían el castigo que debía recibir un trasgresor.

²¹ Cook, *The Conflict Between*, op. cit., pág. 73.

²² Cook, *The Conflict Between*, op. cit., pág. 136 y ss.

²³ Los pueblos de esta área cultural eran grupos de recolectores-cazadores con territorialidad definida. Incluso algunas comunidades tenían asentamientos permanentes. Al parecer, dichas comunidades tenían alianzas entre ellas, de manera que muchas aldeas reconocían a una como su cabeza. El concepto que se ha acuñado para denominar a este tipo de comunidades es el de *tibelet*, que no corresponde exactamente al de tribu. Véase, Kent G. Lightfoot. *Indians, Missionaries, and Merchants. The Legacy of Colonial Encounters on the California Frontiers*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2005.

V. HACIA UNA SOCIEDAD FRONTERIZA

El número de españoles que residieron en la Alta California varió con los años, pero siempre fue muy pequeño en relación al inmenso territorio y a los grupos nativos. Por ejemplo, en 1820, el número de habitantes, sumados neófitos y gente de razón, rondaba las 23.000 personas, siendo las misiones los asentamientos más poblados. Por ese motivo, los sucesivos gobernadores y virreyes impulsaron la llegada de colonos y la creación de pueblos y ranchos, donde también tuvieron cabida los soldados de los presidios que se jubilaban o terminaban sus servicios. Misioneros y militares contaron con sus sínodos y situados, que eran transformados en mercancías en la ciudad de México y enviados a las misiones y presidios, sin que se beneficiase el resto de los habitantes, pues no tenían monedas ni productos adecuados para obtener herramientas, telas finas y otras mercancías. California era una inmensa zona ganadera, con miles de ovejas y ganado mayor, amén de grandes producciones de maíz y trigo, que desde 1787 hicieron a la provincia autosuficiente en estos rubros. Sin embargo, este potencial no bastó para sostener un comercio regular con el continente.

En la década de 1780, el gobierno virreinal envió a un grupo de artesanos para que enseñaran sus oficios a los mestizos altacalifornianos, pero éstos se negaron a instruirse y los artesanos fueron enviados a las misiones. De modo que “los indios de misión” —como los llamaban los franciscanos— aprendieron, entre otras artes, a hilar, a hacer cerámica, a trabajar la madera y a fabricar jabón. El conocimiento de estos oficios artesanales no impidió que los nativos de California siguieran practicando la cestería, una de las artes indígenas más elaboradas de todo el continente americano, y otras costumbres tradicionales, como adornos y productos con pieles de animales.

La relación de los colonos y rancheros con los nativos era censurada por los frailes porque no forzaban a los indios a bautizarse ni a permanecer en los pueblos; a cambio de ello, podían contar con los nativos como trabajadores y, sobre todo, mantener un intercambio fructífero. Los indios les llevaban carne fresca de venado, pieles y hierbas del interior de la Alta California. La convivencia entre niños y adultos dio como resultado que muchos mestizos aprendieran el idioma de los nativos mientras que éstos no siempre hablaban español. Esta situación agudizaba la animadversión de los frailes, quienes no perdían oportunidad para denunciar, ante las autoridades, que todo el trabajo en los pueblos y ranchos lo realizaban los gentiles y no los colonos, a los que acusaban de flojos y pervertidos por no cumplir con la finalidad que los había conducido hasta la Alta California: la fundación de pueblos y el fomento de la provincia.²⁴

²⁴ Sobre el tema, véase Robert H. Jackson and Edward Castillo. *Indians, Franciscans and Spanish Colonization. The Impact of the Mission System on California Indians*. Albuquerque: The University of New Mexico, 1995.

Sin duda, los colonos no cumplieron con su cometido, pues no ponían empeño alguno en obligar a los naturales a vivir a la usanza española. Esto, desde luego, no significa que la vida de los nativos no estuviera transformándose al convivir con la gente de razón, aunque no ocurriera exactamente cómo los misioneros creían que debía pasar. El asentamiento de colonos propició de inmediato la convivencia con los nativos, lo que dio lugar no sólo al intercambio cultural entre unos y otros, sino también a que se casaran entre sí. Cabe señalar que, a pesar de la voluntad de los frailes de mantener a las indias de misión aisladas de la “gente de razón”, con frecuencia hubo encuentros sexuales entre colonizadores y nativas. Ya desde 1773, fray Junípero Serra se quejaba de la lujuria de los recién llegados hacia las indígenas.²⁵ La suerte de los nuevos mestizos dependía de la actitud del padre hacia ellos. Si formaban una familia con las nativas pasaban a asimilarse al grupo de los colonizadores; de lo contrario, permanecían con los neófitos. Al pasar el tiempo, la adopción del cristianismo y la convivencia con los mestizos, no siempre forzosa, propició que paulatinamente fuera imponiéndose la familia monogámica, aunque también fue común que se siguiera conservando un modelo de familia extensa.

En los presidios, los soldados y los oficiales se relacionaron tanto con los indios de misión como con los gentiles. Los nativos se acercaban a vender pescado y harina; los militares podían intercambiar con ellos cualquier artículo, excepto sus espadas y lanzas, pero a veces contravenían las órdenes, pues por lo común el alimento escaseaba en los presidios. Pese a estas relaciones, los soldados no quedaban exentos de perseguir a los indios fugitivos y de tratar de evitar que los gentiles robaran el ganado.²⁶ Como podemos observar, la relación de los soldados con los naturales era muchas veces contradictoria, pues los soldados no siempre querían castigar a los naturales, aunque tenían que hacerlo por orden de sus superiores.

El sueño de los franciscanos de convertir la Nueva California en una utopía cristiana se fue desvaneciendo poco a poco, si bien pusieron las bases de una nueva sociedad que heredó el México Independiente. Del sueño seráfico se pasó a la quimera del oro con el hallazgo del dorado metal en los ríos situados al norte de San Francisco. Cuando miles de ciudadanos de medio mundo se dirigieron a California en 1848, ya bajo la bandera de los Estados Unidos, tan sólo revivieron los anhelos de los navegantes españoles que desde el siglo XVI pusieron en el mapa uno de los mitos más persistentes de la Historia. Pero volvamos, para finalizar, a la novela *Misión Olvido*:

²⁵ Informe de fray Junípero Serra al virrey, México, 20 de abril de 1773, Archivo General de la Nación, México (AGNM en adelante), ramo Californias, vol. 26, fols. 258-259.

²⁶ Instrucción que ha de gobernar al comandante del presidio de Santa Bárbara y respectivamente a los sargentos que mandan las escoltas de misiones de La Purísima Concepción y San Buenaventura, sin lugar, 1782, en AGNM, ramo Californias, vol. 61, fól. 111.

“Salimos de la cafetería hablando aún [...] me rondaron por la mente los nombres de las veintiuna misiones levantadas por los franciscanos españoles en esa larga cadena que festoneaba toda California a lo largo del Camino Real. [...] Historias de frailes conjurados y de soldados violentos, de indios bautizados e indios rebeldes, de reyes ambiciosos, expediciones en tierra ignota y una vieja España ansiosa por extender *ad infinitum* sus confines sin prever lo efímero de sus conquistas”.²⁷

²⁷ Dueñas, Misión Olvido, op. cit, pág. 233.

BIBLIOGRAFÍA

BERNABÉU ALBERT, Salvador, “El ‘Virrey de California’. Gaspar de Portolá y la problemática de la primera gobernación californiana (1767-1769).” *Revista de Indias*, núm. 195/196, 1992, págs. 271-295.

COOK, Sherburne F. *The Conflict Between the California Indian and White Civilization*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1976.

COOK, Sherburne F. y Woodrow BORAH. *Ensayos sobre historia de la población 3. México y California*. México: Siglo XXI, 1980

DUEÑAS, María. *Misión Olvido*. Barcelona: Editorial Planeta, 2012.

GUEST, Francis Guest, “Misión Colonization and Political Control in Spanish California.” *Journal of San Diego History*, núm. 1, vol. 24, 1982, págs. 103-113.

HACKEL, Steven W. *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis. Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769-1850*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005.

JACKSON, Robert H. and Edward CASTILLO. *Indians, Franciscans and Spanish Colonization. The Impact of the Mission System on California Indians*. Albuquerque: The University of New Mexico, 1995.

LAZCANO SAHAGÚN, Carlos. *La bahía de Santa Cruz. Cortés en California, 1535-1536*. Ensenada: Fundación Barca-Museo de Historia de Ensenada, 2006.

LEÓN-PORTILLA, Miguel. *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

LIGHTFOOT, Kent G. *Indians, Missionaries, and Merchants. The Legacy of Colonial Encounters on the California Frontiers*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2005.

OLAECHEA LABAYEN, Juan Bautista, “Origen español de las voces *misión* y *misionero*.” *Hispania Sacra*, núm. 46, 1994, págs. 511-517.

ORTEGA SOTO, Martha. *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa-Plaza y Valdés Editores, 2001.

PALOU, Francisco. Vida de Fray Junípero Serra, y misiones de la California Septentrional. Estudio preliminar de Miguel León-Portilla. México: Porrúa, 1982.

RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci. Sergas de Esplandián. Madrid: Castalia, 2003.

SANDOS, James A. Converting California. Indians and Franciscans in the Missions. New Haven & London: Yale University Press, 2004.

SERRA, Junípero. Writings of Junípero Serra. Washington: Academy of American Franciscan History, 1955.

WEBER, David J., “Blood of Martyrs, Blood of Indians: Toward a More Balanced View of Spanish Missions in Seventeenth-Century North America”, in David Hurst Thomas (ed.), *Columbian Consequences*. Vol. 2. Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands East, Washington and London: Smithsonian Institution Press, 1990, págs. 429-448.